

El personaje: Juan de Guruceaga

Elite, 1.459. zk., 1953-09-19.

Don Juan de Guruceaga es porteño. No se lo pregunté, pero estará por el puerto libre. No puede ser muy viejo, porque nació en una *casa muy vieja*, y la casa está aún de pie.

Con la edad le pasa lo que con la divisoria de un puente.

Puerto Cabello tenía entre otros menos radicales, un puente que dividía la ciudad en dos: *punte dentro*, desde el puente hacia el muelle, y *punte fuera*, al otro lado. La *muy vieja* casa donde nació JG, está situada en la calle Bolívar, con el fondo hacia otra tan estrecha que le llaman de La Jeringa y está dentro de la jurisdicción de *punte dentro*. Cuando aún era chiquito y acababan de dejarle de fajar, porque era inútil, su familia se mudó para la otra punta de la calle Bolívar, a la casa conocida como *la casa fuerte*, pero ya en términos de *punte fuera*.

– Por eso –dice él– que yo nací en puente dentro y más tarde fui de puente fuera.

Igual que le ocurre con la edad que apenas nació en el otro siglo se mudó para éste. Con la diferencia de que en el siglo XX entró bien fajado. Y JG es un hombre enteramente de ahora.

Don Manuel Felipe de Guruceaga, su padre, era agente del Gran Ferrocarril, oficialmente llamado de Venezuela, pero popularmente conocido por *alemán*. Al mismo tiempo se dedicaba al despacho de barcos.

JG tiene en su despacho, un despacho atestado de muebles, cuadros, figurillas y libros sembrados de polvo, entre unos viejos daguerrotipos, fotografías amarillas con marcos dorados y una notabilísima variedad de pinturas y diplomas, dos óleos representando a sus padres. Doña Sofía Blanch, pelo negro, ojos vivos y bondadosos está aún posando, con sencillez cerca de su marido; pelo y mostachos abundoso a lo Kaiser de color blanco, con los mismos ojos asombrados de JG.

– ¿Bigote yo?... ¡Nunca!... ¡Ah, sí, una vez!...

Y JG me muestra el único testimonio de un bigotito incipiente de bozo: una fotografía suya ya ajada adherida a un permiso de conducir que pasó del amarillo del Bachiller hacia otro más confuso aún. Lleva el número 124.

El mío, sacado hace cinco años, lleva el 042111. Lo que quiere decir que JG, en aquel "Overland" *nuevecito* que destrozó el corazón de muchas caraqueñas y despertó la admiración de los viejos tranvías a fuerza de enormes bocinazos de aire enjeringado, no lleva exactamente 041987 permisos de ventaja.

De ahí que si necesito alguno, se lo tenga que pedir a él, que tiene muchos...

* * *

JG es uno de los pocos industriales que ha sido lechero de verdad.

Cuando murió don Manuel Felipe, la familia Guruceaga liquidó sus asuntos en Puerto Cabello y se vino a Los Teques. JG aceptó, aunque joven su responsabilidad para con su mamá y Marucha, su hermana, y se puso a trabajar al frente de una vaquera.

El negocio de la leche en aquella época era bueno. Los Teques era un lugar de moda, de aquella moda de a principios de siglo: de *atemperar*. Como tuvimos la época de *apendicitis* y tenemos ahora otra más reciente de *la falda corta*; igual. Entonces no había problemas de excedentes ni pasteurizadoras: se trataba de recoger al pie mismo de la vaca y vender la leche uno mismo, sin intermediarios. Salían las bestias con los cántaros tibios de leche fresca ceñidos a ambos lados de la enjalma, y se iban vaciando al compás tranquilo de las medidas de a litro hechas de hojalata. JG no lo recuerda bien, pero la leche se vendía entonces a real o a real y medio el litro, reales de principios de la primera guerra... Por eso dice JG que el negocio de la leche entonces era bueno.

– Generalmente –me dice para justificar la bondad del negocio– la leche era bastante escasa. Dependía de que lloviera o no.

Yo debí ponerle cara muy maliciosa a don Juan cuando me lo dijo, porque añadió con prisa de aclaratoria gratis:

– ¡No, no es por eso!... Es que con la lluvia el pasto se da mejor, y con pasto verde y fresco las vacas dan más leche.

JG alternaba sus primeros pinitos como industrial con un empleo donde E. Pérez Vera y Cía., en Caracas.

Aquí venía todos los días por ferrocarril. Salía en el tren de 6 y media de la mañana y regresaba en otro que partía de Caracas alrededor de las cinco y media de la tarde. Se demoraba alrededor de una hora. Saliendo de Caño Amarillo, hacía su primera parada en la estación de Palo Grande, y después se paraba regularmente en Antímamo y Las Adjuntas, poco más o menos como ahora. Pero tenía, además, dos *paraditas* convencionales: la de la hacienda Caricuao y Carapa, donde bajaba a menudo el Dr. Emilio Constantino Guerrero, una vez encargado de la Presidencia. Y cuando aún no había petróleo ni carros, el ferrocarril cumplía como los buenos de verdad y se plantaba en Caracas en una hora.

* * *

La familia Guruceaga se residió en Caracas a mediados de 1916; mediada ya, pero aún sin anuncio, la primera guerra mundial. De Pérez Vera y Cía. pasó al almacén de Ferretería de Eduardo y Antonio Santana; que además de comerciar con hierro inocente para construcciones, soltaban y apretaban a discreción un dogal peligroso en el cuello entonces indefenso de los caficultores mediante un sistema de créditos, almacenajes y comisiones de venta que harían morir de envidia a cualquiera de los extorsionadores piratas de nuestros días. Esta casa quedó reducida a cenizas en un gran incendio y no se volvió a establecer más.

Y fué hora, una manecita inquieta marcando destinos, de que JG se metiera en un negocio de imprenta.

Fué un día de Carnaval. pero no, de los que se estilan hoy; sino de aquellos de otros tiempos con *carreras* y bailes de plaza rodeados de *tarantines* que se fueron con aleteo

de golondrinas... Como ya *funcionaban* entonces las carnestolendas desde diciembre del año, de la *víspera*, no es necesario esperar hasta febrero o marzo para ver disfrazados a JG, Leopoldo y Gustavo Aguerrevere en el tallercito de imprenta de la Plaza López que pertenecía al viejo, al Dr. Tomás Aguerrevere Pacanins. Allí se fraguó el consorcio entre los Aguerrevere y Guruceaga para fundar el nombre comercial *Aguerrevere Guruceaga & Cía.* para la TIPOGRAFIA VARGAS.

Le llegó el nombre de Vargas a través de una revista que editaban entonces para el Hospital, donde prestaba sus servicios como médico el viejo Aguerrevere. En realidad la imprenta no servía para otra cosa ni para más, JG que no vió nunca una imprenta antes, se entusiasmó con la idea de la sociedad, de los proyectos que hicieron un poco al voley los tres jóvenes. Era un cara y cruz de la vocación de un hombre. Y salió cara. De la buena cara.

Cuando Leopoldo Aguerrevere decidió retirarse del negocio que entonces debía ser bien flaco, Gustavo, su hermano, compró su parte y quedó con JG para mudarse de Madrices a San Jacinto, donde empezó a tomar impulso la imprenta, pero donde aún no había hecho su nido para incubar algo de tanta importancia como "Elite", el hilo mayor y trascendental de *Aguerrevere, Guruceaga & Cía.* Allí se editaba "Billiquen" la popular revista de Lucas Manzano: "El amigo de los Niños", de los padres dominicos, y algunas revistas más que se fueron con el humo de las ilusiones editoriales: lo mismo que se van hoy. Y surgió la idea de "Elite", la revista que personifica el triunfo sobre todo moral y de ideario, de un hombre de empresa que ha perseverado en su vocación a pesar de muchos contratiempos e inconvenientes, la revista que cumple tal día como hoy, un sábado, el 17 de setiembre, 28 años de vida.

* * *

"Elite" nació con una intención netamente social. Aunque desde sus comienzos tuvo su colorcito literario con una "Fantasía de Otoño", de Unamuno, el "Qué dirán" costumbrista a lo Larra de Eugenio Méndez y Mendoza y una poesía, "Quizá por eso"... de Jacinto Fombona Pachano, destacan con faz notable de lo característico: "Las reinas del volante", por Anita y Margot Boulton; las "Bodas del Gran Mundo" (Helena Montaubán Zuloaga-Gustavo Jahn); "Cabellos e Ideas Cortos", por Raúl Carrasquel y Valverde, el primer Jefe de Redacción de "Elite", y unas fotografías elocuentísimas que deberían figurar en cualquier tratado de la Filosofía de la Moda de nuestro tiempo. Hay sombreros y vestidos agarrados a un volante del tamaño de una rueda de camión que deberían estar hoy eso, debajo del camión. Y eso era el colmo de lo "chic" y lo elegante. Y de eso hace solamente 28 años... Por eso dicen que: "La moda es tan fea que tienen que cambiarla cada año".

Por eso, porque "Elite" cuidaba especialmente del capítulo social, tenían mucha importancia las fotografías. En aquella época, el trabajo de fotograbado, el de hacer clichés, era poco menos que un misterio, y el único que lo mantenía con unos hábiles juegos de mano y tretas de rivalidades inocentes, como han sido las de todas las innovaciones, era Schlageter, el fundador de la Litografía del Comercio. Y acaso Angel Fuenmayor, un fotograbador que después se metió a músico y a literato, autor de

algunas obras de teatro, Juan de Guruceaga decidió ir a París y aprender el oficio. Y así fué. Llegó limpio; pero con el auxilio de unas tías y su propia perseverancia y espíritu de sacrificio estudió por poco menos de un año en la "Ecole Etienne", una escuela oficial de Artes Gráficas. Después se las amañó para viajar por Suiza, España y Alemania. Estaba a punto de viajar a Italia cuando recibió un cable anunciándole que su mamá se encontraba muy mal. Y regresó a Caracas.

Había roto "Elite" el secreto del Fotograbado y empezó a hacerlo por lo menos igual que sus rivales.

De ser una revista social pasó a una categoría intelectual de prestigio bajo la dirección de Carlos Eduardo Frías, en 1927. Colaboraban entonces con reportajes de estilo innovador Alvarez Marcano y Nelson Himiob. Después ha sufrido algunos cambios de orientación y formato hasta llegar a ser lo que es hoy: una revista ágil, moderna, con impresión de huecograbado, dirigida por el propio fundador y propietario: JG.

De aquel "Elite" a éste va, según don Juan, lo que de las viejas tertulias reposadas, inyectadas de buen humorismo, a las *prisas para llegar a ningún sitio de hoy*. Las tertulias de las 11 y media y las 5 de la tarde solían tener el sosiego de las cosas que se maduran, como las buenas naranjas de la Valencia de acá. Concurrían regularmente: Pedro Sotillo, Arturo Uslar Pietri, Salazar Domínguez, Fernando Paz Castillo, Nelson Himiob, Rómulo Gallegos, Carlos Eduardo Frías, Luis Enrique Mármol y algunos otros. Hoy esas naranjas que se comen están colectadas antes de tiempo, verdes, para hacerlas madurar en el camino. Y todos sabemos lo que se da en el camino, cuando se va de prisa...

Hoy se habla mientras se camina, apurado; para cualquier sitio, pero corriendo. Hoy ya no hay tertulias. Ni se podría crear otro "Elite". Posiblemente otro Juan de Guruceaga tampoco. Y vaya esto en homenaje suyo de hombre de *ahora*.